

eres un hombre de genio... (Luciano hizo el gesto del hombre á quien el incensario le llega á las narices.) Sí, querido —continuó Petit-Claud,—he leído *El arquero de Carlos IX*, y es más que una obra, ¡es un libro! El prólogo, sólo ha podido ser escrito por dos hombres: ¡Chateaubriand ó tú!

Luciano aceptó aquel elogio sin decir que aquel prólogo era de Arthez. De cien autores franceses, noventa y nueve hubieran obrado como él.

—Pues bien, aquí parecían desconocerte—continuó Petit-Claud, fingiendo indignación.—Cuando he visto la indiferencia general, me he puesto en la cabeza revolucionar á todo el mundo. Yo he escrito el artículo que has leído...

—¡Cómo! ¿eres tú?...—exclamó Luciano.

—¡Yo mismo! Angulema y el Houmeau se han visto en rivalidad; he reunido jóvenes, antiguos compañeros tuyos de colegio, y he organizado la serenata de ayer; después, una vez lanzados en el entusiasmo, hemos insinuado la suscripción para la comida. He hecho más—continuó Petit-Claud;—he visto á la condesa del Chatelet y le he hecho comprender que estaba obligada á sacar á David de su situación: ella puede y debe hacerlo. Si realmente David ha hallado el secreto de que me ha hablado, el gobierno no se arruinará protegiéndole, y ¡qué honor para un prefecto de que parezca que ha contribuido en una mitad á un descubrimiento tan grande por la feliz protección que concede al inventor!... Haría hablar de él como de un administrador notable... Tu hermana se ha asustado del fuego de nuestro tiroteo judicial... le da miedo el humo... La guerra en la audiencia cuesta tan cara como en los campos de batalla; pero David ha sostenido su posición, es dueño de su secreto: ¡no pueden detenerle! ¡no le detendrán!

—Te doy las gracias, querido, y veo que puedo confiarte un plan; tú me ayudarás á realizarlo. (Petit-Claud miró á Luciano, dando á su nariz el aspecto de un signo de interrogación.) Quiero salvar á Sechard—dijo Luciano con cierta importancia,—soy el causante de su desgracia, lo repararé todo... Tengo más imperio sobre Luisa...

—¿Qué Luisa?

—¡La condesa del Chatelet!... (Petit-Claud hizo un movimiento.) Tengo sobre ella más imperio que el que cree ella misma—repuso Luciano;—únicamente, querido mío, que si tengo poder sobre vuestro gobierno, no tengo trajes...

Petit-Claud hizo otro movimiento como para ofrecer su bolsillo.

—Gracias—dijo Luciano, estrechando la mano á Petit-Claud.—Dentro de diez días iré á hacer una visita á la señora prefecta, y te pagaré la tuya.

Y se separaron estrechándose la mano como buenos camaradas.

—Debe ser poeta—se dijo Petit-Claud,—porque está loco.

—Por mucho que digan—pensaba Luciano al volver á casa de su hermana,—en cuestión de amigos, no hay ninguno como los del colegio.

—Luciano—dijo Eva,—¿qué te ha prometido Petit-Claud para que le demuestres tanta amistad? ¡Guárdate de él!

—¿De él?—exclamó Luciano.—Escucha, Eva—repuso, pareciendo obedecer á una reflexión,—como ya no crees en mí, como desconfías de mí, puedes muy bien desconfiar de Petit-Claud; pero cambiarás de opinión dentro de diez ó quince días—añadió con airecillo fatuo.

Luciano subió á su habitación, y escribió la siguiente carta á Lousteau:

«Querido amigo: De nosotros dos, sólo yo puedo acordarme del billete de mil francos que te presté; pero conozco muy bien, por desgracia, la situación en que te hallarás cuando abras mi carta, para no añadir en seguida que no te los pido en especies de oro ó de plata; no, te los pido en crédito, como se pedirían á Florina en placer. Tenemos el mismo sastre; puedes, pues, hacer que me confeccione en el plazo más breve un vestuario completo. Sin estar precisamente en el traje de Adán, no puedo mostrarme en público. Aquí, con gran asombro mío, me esperaban los honores departamentales, debidos á las notabilidades parisienses. Soy el héroe de un banquete, ni más ni menos que un diputado de la izquierda; ¿comprendes, ahora, la necesidad de un traje negro? Promete el pago, encárgate de él, apela al reclamo; en fin, busca una escena inédita de don Juan con el señor Domingo, pues es preciso que me endomingue á toda costa. No tengo más que harapos: deduce de esto. Estamos en Septiembre y hace un tiempo magnífico; ergo, procura que reciba á últimos de esta semana un encantador traje de mañana, una levita verde-bronce pronunciado, tres chale-

cos, el uno de color azufre, el otro fantasía, género escocés, y el tercero completamente blanco; además, tres pantalones para hacer mujeres, uno blanco de tela inglesa, el otro *nankin*, y el tercero de casimir negro; y finalmente, una levita negra y un chaleco de satén negro de etiqueta. Si has encontrado alguna Florina, me recomiendo á ella para dos corbatas de fantasía. Esto no es nada: cuento contigo, con tu destreza: el sastre me preocupa muy poco. Querido amigo, miles de veces lo hemos deplorado: ¡la inteligencia de la miseria que, seguramente, es el veneno más activo que consume al hombre por excelencia ¡al parisiense! esa inteligencia, cuya actividad sorprendería á Satanás, no ha encontrado aún el modo de obtener al fiado un sombrero! Cuando hayamos puesto de moda sombreros que valgan mil francos, los sombreros estarán á nuestro alcance; pero hasta entonces, tendremos que tener en nuestros bolsillos oro bastante para pagar un sombrero. ¡Ah! ¡qué daño nos ha causado la Comedia Francesa con ese: *Lafleur, pondrás dinero en mis bolsillos!* Comprendo, pues, perfectamente, todas las dificultades de la ejecución de esta petición: añade un par de botas, un par de escaupines, un sombrero, seis pares de guantes, al envío del sastre. Esto es pedir lo imposible, lo sé. Pero ¿no es la vida literaria el imposible elevado al cubo? Sólo te digo una cosa: opera ese milagro haciendo un gran artículo ó alguna pequeña infamia, y te perdono, te descargo de la deuda. Y es una deuda de honor, querido, tiene un año de existencia; te avergonzarías, si pudieras avergonzarte. Bromas aparte, mi querido Lousteau, estoy en circunstancias graves. Juzga de ellas por esta sola frase: la Jibia ha engordado, se ha convertido en la mujer del Airón, y el Airón es prefecto de Angulema. Esta horrible pareja puede hacer mucho por mi cuñado, á quien he colocado en una situación desesperada; se ve perseguido, está escondido bajo el peso de la letra de cambio... Se trata de reaparecer ante la señora prefecta y de volver á adquirir sobre ella algún imperio, cueste lo que cueste. ¿No es horrible pensar que la fortuna de David Sechard depende de un bonito par de botas, de unas medias de seda grises (no te olvides de ellas) y de un sombrero nuevo?... Voy á hacerme el enfermo para dispensarme de contestar al entusiasmo de mis conciudadanos. Estos me han dado, querido mío, una hermosa serenata. Empiezo á preguntar cuántos estúpidos se necesitan para

componer estas palabras: *mis conciudadanos*, desde que he sabido que el entusiasmo de la ciudad había sido excitado por mis compañeros de colegio.

»Si pudieras poner en los *Ecos de París* algunas líneas acerca de mi recibimiento, harías que subiera aquí algunos codos más. Además, con ello haría comprender á la Jibia que, si no tengo amigos, al menos no me falta crédito en la prensa parisiense. Como no renuncio á ninguna de mis esperanzas, te devolveré eso. Si necesitas algún hermoso artículo de fondo para un asunto cualquiera, tengo tiempo para meditar uno á mi placer. Sólo te digo una palabra más, mi querido amigo: Cuento contigo, como tú puedes contar con el que se dice completamente tuyo

»LUCIANO DE R.»

«P. D.—Mándamelo todo por las diligencias, á recoger en las oficinas.»

Esta carta, en la que Luciano recobraba el tono de superioridad que su éxito le procuraba interiormente, le recordó á París. Sobrecogido desde hacía seis días por la calma absoluta de la provincia, su pensamiento recayó en sus buenas miserias, tuvo remordimientos vagos, y estuvo durante una semana preocupado con la condesa del Chatelet; finalmente, concedió tal importancia á su reparación, que cuando bajó, una vez anocheado, al Houmeau, á buscar, á la oficina de las diligencias, los paquetes que esperaba de París, experimentaba todas las angustias de la incertidumbre, como la mujer que ha puesto sus últimas esperanzas en un vestido y desespera obtenerlo.

—¡Ah! ¡Lousteau! te perdono tus traiciones — se dijo a notar, por la forma de los paquetes, que el envío debía contener todo lo que había pedido.

Encontró la siguiente carta en la caja del sombrero:

«Salón de Florina.

»Mi querido amigo: El sastre se ha portado muy bien, pero, como presentía tu profunda mirada retrospectiva, las corbatas, el sombrero, y las medias de seda han turbado nuestros corazones, porque no había nada en nuestros bol-

sillos que pudiese conmovirse. Ya lo decíamos con Blondet: se ganaría una fortuna estableciendo una casa en la que los jóvenes encontrarán lo que cuesta poco. Pues acabamos por pagar caro lo que no pagamos. Por otra parte, el gran Napoleón, detenido en su camino hacia las Indias por falta de un par de botas, lo dijo: *Las cosas fáciles no se hacen nunca*. Así, pues, todo marchaba perfectamente, menos tus zapatos... ¡Te veía vestido sin sombrero! con chaleco y sin zapatos, y pensaba en enviarte un par de chancletas que dió un americano, como curiosidad, á Florina. Esta ha ofrecido un caudal de cuarenta francos para jugarlos por ti. Nathán, Blondet y yo nos hemos considerado tan felices al no jugar ya por nuestra cuenta, que hemos ganado lo suficiente para convidar á cenar á la Torpille, la antigua rata de Lupeaulx. Frascati nos debía eso. Florina se ha encargado de las adquisiciones, y ha añadido á ellas tres hermosas camisas. Nathán te ofrece un bastón. Blondet, que ha ganado trescientos francos, te envía una cadena de oro. La rata une á ella un reloj de oro, grande como una moneda de cuarenta francos, que le ha dado un imbécil y que no anda: «*¡Es pacotilla, como el que la ha poseído!*», nos ha dicho Bixiou, que ha venido á buscarnos al Rocher de Cancale, ha querido meter un frasco de agua de Portugal en el envío que te hace París. Nuestro primer cómico ha dicho: «*¡Si no puede hacer su felicidad, que lo sea!*» con un acento de baja estofa y esa importancia burguesa que imita tan bien. Todo esto, querido, te probará cuánto se quiere á los amigos en desgracia. Florina, á la que he tenido la debilidad de perdonar, te ruega que nos envíes un artículo sobre la última obra de Nathán. ¡Adiós, hijo mío! No puedo menos de compadecerte al verte volver á una localidad de la que acababas de salir cuando te hiciste un viejo camarada de tu amigo

»ESTEBAN L.»

—¡Pobres muchachos! ¡han jugado para mí!—se dijo conmovido.

De los países malsanos ó de aquellos en los que más se ha sufrido, llegan ráfagas que parecen perfumes del paraíso. En una vida cómoda, el recuerdo de los sufrimientos es como un goce indefinible. Eva quedó estupefacta cuando bajó su hermano vestido de nuevo: no lo conocía.

—Ahora puedo ir á pasearme á Beaulieu—exclamó;—no se dirá de mí que he vuelto hecho un harapiento. Mira, he aquí un reloj que te devolveré, porque es mío; además, se parece á mí, porque está desarreglado.

—¡Qué niño eres!...—dijo Eva.—No se puede tomarte á mal nada.

—¡Creerías, querida mía, que he pedido todo esto con la estúpida idea de brillar en Angulema, de lo que me preocupó tanto como de esto?—dijo fustigando el aire con su bastón de puño de oro cincelado.—Quiero reparar el mal que he hecho, y me he armado.

El éxito de Luciano como elegante fué el único triunfo real que obtuvo; pero fué inmenso. La envidia suelta las lenguas, tanto como la admiración las ata. Las mujeres enloquecieron por él, los hombres le maldijeron, y pudo exclamar como el trovador: *¡Oh vestido mío, qué agradecido te estoy!* Fué á echar dos cartas en la Prefectura, é hizo una visita á Petit-Claud, á quien no encontró. Al día siguiente, señalado para el banquete, todos los periódicos de París traían las siguientes líneas, con la firma de Angulema:

«ANGULEMA. El regreso de un joven poeta cuyos comienzos fueron tan brillantes, del autor de *El arquero de Carlos IX*, única novela histórica hecha en Francia sin imitar el estilo de Walter Scott, y cuyo prólogo es un acontecimiento literario, ha sido señalado con un recibimiento tan halagüeño para la ciudad como para el señor Luciano de Rubempré. Apenas instalado, el nuevo prefecto se ha asociado á la manifestación pública festejando al autor de las *Margaritas*, cuyo talento fué vivamente estimulado en sus comienzos por la señora condesa del Chatelet.»

En Francia, una vez dado el primer empuje, nadie puede detenerlo. El coronel del regimiento de guarnición ofreció la banda. El dueño de la fonda de la Campana, cuyas expediciones de pavos turfados van hasta la China y se envían en las porcelanas más magníficas, el famoso posadero del Houmeau, encargado de la comida, había adornado el gran salón con tapices en los cuales coronas de laurel entrecruzadas de ramos de flores producían un efecto soberbio. A las cinco estaban reunidas allí cuarenta personas, todas vestidas de etiqueta. Una multitud de ciento y pico de habi-

tantes, atraídos principalmente por la presencia de los músicos en el patio, representaba á los conciudadanos.

—¡Todo Angulema está ahí!—dijo Petit-Claud asomándose á la ventana.

—No comprendo ni una palabra de esto—decía Postel á su mujer, que había ido á oír la música.—¡Cómol el prefecto, el recaudador general, el coronel, el alcalde, el provisor, el director de la fundición de Ruelle, el presidente, el procurador del rey, el señor Milaud, ¡todas las autoridades acaban de llegar!...

Quando se sentaron á la mesa, la orquesta militar empezó con variaciones sobre el motivo de: *¡Viva el rey, viva Francia!* que no ha podido hacerse popular. Eran las cinco de la tarde. A las ocho, un postre de sesenta y cinco platos, notable por un Olimpo de azúcar rematado por Francia en chocolate, dió la señal de los brindis.

—Señores—dijo el prefecto levantándose,—¡por el rey!... ¡por la legitimidad! ¿No es á la paz que los Borbones nos han traído que debemos la generación de poetas y pensadores que sostienen en manos de Francia el cetro de la literatura?...

—¡Viva el rey!—gritaron los comensales, entre los que predominaban los ministeriales.

El venerable provisor se levantó.

—¡Por el gran poeta—dijo,—por el héroe del día, que ha sabido unir á la gracia y á la poesía de Petrarca, en un género que Boileau declaraba tan difícil, el talento del pro-sista!

—¡Bravo! ¡bravo!

El coronel se levantó.

—Señores, ¡por el realista! pues el héroe de esta fiesta ha tenido el valor de defender los buenos principios.

—¡Bravo!—dijo el prefecto, que dió el tono á los aplausos. Petit-Claud se levantó.

—¡Todos los compañeros de Luciano, á la gloria del colegio de Angulema, al venerable provisor que nos es tan querido, y al que debemos conceder todo lo que le toca en nuestros éxitos!...

El viejo provisor, que no esperaba aquel brindis, se enjugó los ojos. Luciano se levantó: el más profundo silencio se estableció, y el poeta se tornó blanco. En este momento el viejo provisor, que estaba á su izquierda, le colocó en la

cabeza una corona de laurel. Aplaudieron. Luciano tuvo lágrimas en los ojos y en la voz.

—Está borracho—dijo á Petit-Claud el futuro procurador del rey de Nevers.

—No es el vino el que le ha emborrachado—respondió el procurador.

—Queridos compatriotas, queridos compañeros—dijo por fin Luciano,—quisiera tener á la Francia entera por testigo de esta escena. De este modo es cómo se educa á los hombres, y se obtienen en nuestro país las obras maestras y las acciones grandes. Pero, al ver lo poco que he hecho y el gran honor que recibo por ello, no puedo menos de turbarme y dejar al porvenir el cuidado de justificar la acogida de hoy. El recuerdo de este momento me dará fuerzas en medio de las luchas nuevas. Permitidme que señale á vuestro homenaje aquella que fué mi primera musa y protectora, y que beba también por mi pueblo natal; así, pues, ¡por la bella condesa Sixto del Chatelet y por el noble pueblo de Angulema!

—No lo ha hecho mal—dijo el procurador del rey, que movió la cabeza en señal de aprobación;—pues nuestros brindis estaban preparados, y el suyo es improvisado.

A las diez, los comensales se fueron por grupos. Al oír aquella música extraordinaria, David Sechard preguntó á Basina:

—¿Qué pasa en el Houmeau?

—Dan una fiesta á su cuñado Luciano...—le respondió ella.

—¡Estoy seguro que habrá sentido no verme allí!—dijo.

A las doce, Petit-Claud acompañó á Luciano hasta la plaza del Murier. Una vez allí, el poeta le dijo al procurador:

—Querido, soy tuyo en cuerpo y alma.

—Mañana—dijo el procurador—se firma mi contrato de matrimonio en casa de la señora de Senonches, con la señorita Francisca de la Haya, su pupila; hazme el favor de asistir; la señora de Senonches me ha rogado que te lleve, y verás allí á la prefecta, que estará muy halagada con tu brindis, del que seguramente le hablarán.

—Tenía mi idea—dijo Luciano.

—¡Oh! ¡salvarás á David!

—Estoy seguro de ello—respondió el poeta.

En aquel momento, David se mostró, como por encanto. He aquí por qué. Se encontraba en una situación bastante difícil; su mujer le prohibía en absoluto recibir á Luciano ni darle á conocer el sitio de su retiro, mientras que Luciano le escribía las cartas más afectuosas diciéndole que dentro de pocos días habría reparado el mal que había hecho. Ahora bien, la señorita Clerget había entregado á David las dos cartas siguientes, mientras le decía la causa de la fiesta cuya música llegaba á sus oídos.

«Querido mío: Haz como si Luciano no estuviese aquí; no te inquietes por nada, y graba esto en tu querida cabeza: nuestra seguridad estriba en absoluto en la imposibilidad en que están tus enemigos de saber dónde estás. Es tal mi desgracia, que tengo más confianza en Kolb, en Marión y en Besina, que en mi hermano. ¡Ay de mí! mi pobre Luciano ya no es el cándido y tierno poeta que hemos conocido. Si le temo, es precisamente porque quiere mezclarse en tus asuntos, y porque tiene la presunción de hacer que paguen nuestras letras (¡por orgullo, David mío!...) Ha recibido de París unos trajes preciosos y cinco monedas de oro en una bolsa hermosa. Las ha puesto á mi disposición, y vivimos de ese dinero. Por fin, tenemos un enemigo menos; tu padre nos ha dejado, y debemos su marcha á Petit-Claud, que ha desembrollado las intenciones del padre Sechard, y las ha aniquilado en el acto diciéndole que no harías nada sin él; y que él, Petit-Claud, no te dejaría ceder nada de tu descubrimiento sin una indemnización anticipada de treinta mil francos: primero quince mil francos para liquidarte, y quince mil que tú recibirías en todos los casos, salga bien ó mal. Te abrazo como abraza una mujer á su marido desgraciado. Nuestro Lucianito está muy bueno. ¡Qué espectáculo el de esa flor que se colorea y crece en medio de nuestras tempestades domésticas! Mi madre, como siempre, ruega á Dios y te abraza tan tiernamente como

»TU EVA.»

Asustados de la astucia campesina del viejo Sechard, Petit-Claud y los Cointet se habían, como se ve, con tanta más facilidad desembarazado de él, cuanto que las vendimias le reclamaban en sus viñas de Marsac.

La carta de Luciano, incluida en la de Eva, estaba concebida en estos términos:

«Mi querido David: Todo va bien. Estoy armado hasta los dientes; entro en campaña hoy, y dentro de dos días habré avanzado mucho. ¡Con qué placer te abrazaré cuando estés libre y saldado de tus cuentas! Pero estoy herido para siempre en el corazón, por la desconfianza que me demuestran mi madre y mi hermana. ¡No sé ya que te ocultas en casa de Basina? Siempre que Basina viene á casa, tengo noticias tuyas y respuesta á mis cartas. Por otra parte, es evidente que mi hermana no podía confiar más que en su amiga de taller. Hoy estaré muy cerca de ti y cruelmente pesaroso por no poder hacerte asistir á la fiesta que me dan. El amor propio de Angulema me ha valido un triunfillo que, dentro de algunos días, estará seguramente olvidado; pero en el que tu alegría hubiera sido la única sincera. En fin, unos días más, y le perdonarás todo al que aprecia más que todas las glorias de este mundo decirse ser tu hermano,

»LUCIANO.»

David vió en lucha su corazón por dos fuerzas, aunque éstas eran desiguales; pues adoraba á su mujer, y la amistad que sentía por Luciano había disminuído un poco. Pero, en la soledad, la fuerza de los sentimientos cambia completamente. El hombre solo, y presa de preocupaciones como las que devoraban á David, cede ante pensamientos contra los que encontraría argumentos en el medio ordinario de la vida. Así, pues, al leer la carta de Luciano en medio de la música de aquel triunfo inesperado, conmovióse profundamente al ver expresada en ella la pena con que contaba. Las almas tiernas no resisten esos pequeños efectos de sentimiento, que creen tan potentes en los demás como en ellos. ¡No es esta la gota de agua que cae de la copa llena? Así, pues, á eso de las doce, todas las súplicas de Basina no impidieron á David que fuese á ver á Luciano.

—Nadie se pasea á esta hora por las calles de Angulema —le dijo,—no me verán, no pueden detenerme de noche; y, en el caso que encontrara á alguien, puedo servirme del medio inventado por Kolb para volver á mi escondite.

Además, hace mucho tiempo que no he abrazado á mi mujer y á mi hijo.

Basina cedió ante todas aquellas razones bastante plausibles, y dejó salir á David, que gritaba: «¡Luciano!» en el momento en que Luciano y Petit-Claud se daban las buenas noches. Y los dos hermanos se arrojaron llorando el uno en los brazos del otro. No hay muchos momentos semejantes en la vida. Luciano sentía la efusión de una de esas amistades *à pesar de todo*, con las que no se cuenta nunca y que uno se reprocha haber hallado. David sentía la necesidad de perdonar. Aquel generoso y noble inventor quería sobre todo sermonear á Luciano y disipar las nubes que empañaban el afecto de la hermana y el hermano. Ante aquellas consideraciones de sentimiento, todos los peligros engendrados por la falta de dinero desaparecieron.

Petit-Claud dijo á su cliente:

—¡Vaya á su casa, aprovéchese, al menos, de su imprudencia, abraza á su mujer y á su hijo! ¡que no le vean!

—¡Qué desgracia!—se dijo Petit-Claud, que quedó solo en la plaza del Murier.—¡Ah! si tuviese aquí á Cerizet...

En el momento en que el procurador hablaba consigo mismo á lo largo del recinto de madera, en torno del sitio donde se eleva orgullosamente hoy el Palacio de Justicia, oyó golpear detrás de él en una madera, como se golpea detrás de una puerta.

—¡Aquí estoy!—dijo Cerizet, cuya voz pasaba por entre las rendijas de las tablas mal unidas.—He visto á David saliendo del Houmeau. Sospechaba el sitio de su retiro, ahora lo conozco, y sé donde atraparle; pero, para tenderle un lazo, era necesario que supiese algo de los proyectos de Luciano, y me encuentro con que usted les hace entrar. Al menos, quédese aquí con un pretexto cualquiera. Cuando salgan David y Luciano, tráigalos cerca de mí; se crearán solos, y oíré sus últimas palabras de despedida.

—¡Eres un demonio!—dijo muy quedo Petit-Claud.

—¡Por vida del! ¡qué no haría yo por obtener lo que usted me ha prometido!—exclamó Cerizet.

Petit-Claud se alejó del vallado y paseóse por la plaza del Murier contemplando las ventanas de la habitación donde estaba reunida la familia, y pensaba en su porvenir como para darse ánimos; pues la destreza de Cerizet le permitiría dar el golpe de gracia. Petit-Claud era uno de esos

hombres socarrones y profundamente falsos, que no se dejan nunca engañar por los atractivos del presente ni por los lazos de ningún afecto después de haber observado los cambios del corazón humano y la estrategia de los intereses. Así, pues, había contado poco con Cerizet de antemano. En el caso de que hubiese fallado el asunto de su matrimonio sin que tuviese derecho á acusar de traidor á Cointet, se había puesto en situación de poder molestarle; pero, después de su éxito en el palacio de Bargetón, jugaba limpio. Anulada su última trama, era peligrosa por la posición política á que aspiraba. He aquí las bases sobre las que quería sentar su importancia futura. Gannerac y algunos comerciantes importantes comenzaban á formar en el Houmeau un comité liberal afiliado á los jefes de la oposición por las relaciones comerciales. La subida del ministerio Villele, aceptada por Luis XVIII moribundo, era la señal de un cambio de conducta en la oposición, que, desde la muerte de Napoleón, renunciaba al medio peligroso de las conspiraciones. El partido liberal organizaba en el interior de las provincias su sistema de resistencia legal: tendía á hacerse dueño de la masa electoral, á fin de conseguir su objeto por medio de la convicción. Liberal rabioso é hijo del Houmeau, Petit-Claud fué el promotor, el alma y el consejero secreto de la oposición de la parte baja de la villa, oprimida por la aristocracia de la parte alta. Fué el primero que comprendió el peligro que había en dejar á los Cointet que dispusiesen ellos solos de la prensa en la comarca de la Charente, donde la oposición debía tener un órgano, á fin de no quedar atrás de los demás pueblos.

—Si cada uno de nosotros damos un billete de quinientos francos á Gannerac, tendrá veintiún mil francos para comprar la imprenta de Sechard, de la que seremos entonces dueños, teniendo cogido al propietario con un préstamo—dijo Petit-Claud.

El procurador hizo adoptar aquella idea con objeto de corroborar con ella su posición doble respecto á Cointet y Sechard, y puso sus ojos naturalmente en un granuja del color de Cerizet, para hacer de él el hombre abnegado del partido.

—Si descubres á tu antiguo burgués y lo pones en mis manos—le dijo al antiguo regente de Sechard,—te prestarán veinte mil francos para comprar su imprenta, y proba-

blemente estarás á la cabeza de un periódico. Así, pues, obra.

Más seguro de la actividad de Cerizet que de la de todos los Doublón del mundo, Petit-Claud prometió entonces al gran Cointet el arresto de Sechard. Pero desde que Cointet acariciaba la esperanza de entrar en la magistratura, preveía la necesidad de volver las espaldas á los liberales, y habla excitado tan bien las inteligencias en el Houmeau, que ya se habían reunido los fondos necesarios para adquirir la imprenta. Petit-Claud resolvió dejar seguir las cosas por su curso natural.

—¡Bah!—se dijo,—Cerizet cometerá algún delito de imprenta, y me aprovecharé de ello para mostrar mi talento...

Se encaminó hacia la puerta de la imprenta, y le dijo á Kolb, que estaba de centinela:

—Sube á advertir á David que se aproveche de la hora para irse, y tomad precauciones; yo me voy, es la una...

Cuando Kolb abandonó el quicio de la puerta, Marión fué á ocupar su lugar. Luciano y David bajaron, Kolb les precedió cien pasos, y Marión les siguió otros cien pasos atrás. Cuando los dos hermanos pasaron á lo largo de las vallas, Luciano hablaba acaloradamente á David.

—Amigo mío—le dijo,—mi plan no puede ser más sencillo; pero ¿cómo hablar de él delante de Eva, cuyos medios no comprenderá nunca? Estoy seguro que Luisa tiene en el fondo de su corazón un deseo que yo sabré despertar; la quiero únicamente para vengarme del imbécil del prefecto. Si nos amamos, aunque sólo sea una semana, le haré que pida al ministerio una subvención de veinte mil francos para ti. Mañana veré á esa criatura, en ese gabinetito donde empezaron nuestros amores, y donde, según Petit-Claud, no ha cambiado nada: representaré en él una comedia. Así, pues, pasado mañana te mandaré por Basina unas líneas para decirte si he sido silbado... ¡Quién sabe!... tal vez estarás libre... ¿Comprendes ahora por qué he querido trajes de París? No se puede representar con harapos el primer papel.

A las seis de la mañana, Cerizet fué á ver á Petit-Claud.

—Mañana, al mediodía, Doublón puede preparar el golpe; cogerá á nuestro hombre, respondo de ello—le dijo el parisiense:—dispongo de una de las obreras de la señorita Clerget, ¿comprende usted?

Después de haber escuchado el plan de Cerizet, Petit-Claud corrió á casa de Cointet.

—Haga usted de manera que el señor del Hautoy se decida esta noche á dar á Francisca la nuda propiedad de sus bienes, y dentro de dos días firmará usted un acta de sociedad con Sechard. Yo no me casaré hasta ocho días después de firmar el contrato; de este modo estaremos dentro de las cláusulas de nuestro convenio: toma y daca. Pero espiemos esta noche lo que pasará en casa de la señora de Senonches entre Luciano y la condesa del Chatelet, pues todo depende de eso... Si Luciano confía vencer por medio de la prefecta, ya tengo á David en mi poder.

—Creo que será usted guardasellos—dijo Cointet.

—¿Por qué no? Bien lo es el señor de Peyronnet—dijo Petit-Claud, que no se había desprendido del todo de su piel de liberal.

El estado dudoso de la señorita de la Haya le valió la presencia de la mayor parte de los nobles de Angulema en la firma de su contrato. La pobreza de aquel futuro hogar casado sin canastilla, avivaba el interés que le gusta demostrar al mundo; pues sucede con las buenas obras como con los triunfos: gustan las caridades que satisfacen al amor propio. Por eso la marquesa de Pimentel, la condesa del Chatelet, el señor de Senonches y dos ó tres asiduos de la casa hicieron á Francisca algunos regalos, de los que se hablaba mucho en la ciudad. Aquellas bonitas bagatelas, unidas al ajuar preparado desde hacía un año por Ceferina, á las joyas del padrino y á los regalos obligados del marido, consolaron á Francisca y excitaron la curiosidad de varias madres que llevaron á sus hijas. Petit-Claud y Cointet ya habían notado que los nobles de Angulema los toleraban á ambos en el Olimpo como á una necesidad: el uno era el administrador de la fortuna, el tutor de Francisca; el otro era indispensable para la firma del contrato, como lo es el condenado en una ejecución; pero al día siguiente de la boda, si la señora de Petit-Claud conservaba el derecho de ir á casa de su madrina, el marido sería difícilmente admitido, y se proponía imponerse á aquella sociedad orgullosa. Avergonzado de la humildad de sus padres, el procurador hizo que su madre permaneciera en Mansle, donde vivía retirada, y le rogó que se fingiera enferma y que le diera el consentimiento por escrito. Bastante humillado al

verse sin parientes, sin protectores, sin testigos por su parte, Petit-Claud se felicitó de poder presentar en el hombre célebre un amigo capaz, y al que la condesa deseaba ver. Así, pues, fué á buscar á Luciano en coche. Para aquella memorable reunión, el poeta se había puesto un traje que debía darle indiscutiblemente gran superioridad sobre los demás hombres. Además, la señora de Senonches había anunciado la presencia del héroe improvisado, y la entrevista de los dos amantes disgustados era una de esas escenas que gustan sobremedera en provincias. Luciano había pasado al estado de *petimetre*: decían que era tan guapo, tan maravilloso, que había cambiado tanto, que las mujeres nobles de Angulema estaban deseosas de verle. Siguiendo la moda de aquella época, á la que se debe el cambio del antiguo calzón de baile por los innobles pantalones actuales, se había puesto un pantalón negro abotinado. Los hombres dibujaban aún sus formas, con gran desesperación de las personas delgadas y mal formadas; y las de Luciano eran *apolonianas*. Las medias de seda gris claro, sus zapatos, su chaleco de satén negro, su corbata, todo le caía perfectamente. Su rubia y abundante cabellera rizada hacía resaltar su frente blanca, en torno de la cual se destacaban los rizos con una gracia refinada. Sus ojos brillaban llenos de orgullo. Sus manos de mujer, hermosas enguantadas, no debían dejarse ver sin guantes. Copió los gestos de de Marsay, el famoso *petimetre* parisiense, sosteniendo con una mano el bastón y el sombrero, que no soltó, y se sirvió de la otra para hacer gestos raros, con cuya ayuda comentaba sus frases. Luciano hubiera querido penetrar en el salón como esas gentes célebres que, por falsa modestia, se inclinaron ante la puerta San Dionisio. Pero Petit-Claud, que no tenía más que un amigo, abusó de él, y condujo á Luciano casi pomposamente al lado de la señora de Senonches, en el centro de la reunión. A su paso, el poeta oyó unos murmullos que en otro tiempo le hubieran hecho perder la cabeza, y que le hallaron frío; estaba seguro de valer, él solo, todo el Olimpo de Angulema.

—Señora—dijo á la de Senonches,—ya he felicitado á mi amigo Petit-Claud, que es de la madera de la que salen los guardasellos, porque tiene el honor de pertenecerle á usted, por débiles que sean los lazos entre una madrina y su ahijada (esto fué dicho con aire epigramático y oído per-

fectamente por todas las mujeres que escuchaban sin parecerlo). Pero, por mi parte, bendigo esta ocasión que me permite ofrecerle mis respetos.

Esto fué dicho con desenvoltura y con modales de gran señor, de visita en casa de gentes inferiores. Luciano escuchó la respuesta embarullada que le dió Ceferina, dirigiendo una mirada circular por el salón, á fin de preparar sus efectos. Así, pudo saludar con gracia, y modulando sus sonrisas, á Francisco del Hautoy y al prefecto, que le contestaron; después encaminóse, finalmente, hacia la señora del Chatelet, fingiendo percibirla. Este encuentro era de tal modo el objeto de la reunión, que el contrato de matrimonio en el que iban á poner su firma las personas notables conducidas al dormitorio, ya por el notario, ya por Francisca, fué olvidado. Luciano dió unos pasos hacia Luisa de Negrepe-lisse, y con esa gracia parisiense, para ella en estado de recuerdo desde su llegada, le dijo con voz bastante alta:

—¿Es á usted, señora, á la que debo la invitación que me proporciona el placer de comer pasado mañana en la prefectura?...

—No la debe usted, caballero, más que á su gloria—replicó secamente Luisa, algo extrañada del tono agresivo de la frase meditada por Luciano para herir el orgullo de su antigua protectora.

—¡Ah! señora condesa—dijo Luciano con aire astuto y fatuo á la vez,—me será imposible llevarle al hombre, si ha incurrido en el desagrado de usted.

Y, sin esperar respuesta, volvióse al ver al obispo, al que saludó noblemente.

—Su Grandeza ha sido casi profeta—le dijo con voz encantadora,—y procuraré que lo sea del todo. Me considero feliz por haber venido esta noche aquí, porque puedo presentarle mis respetos.

Luciano sostuvo con monseñor una conversación que duró diez minutos. Todas las mujeres miraban á Luciano como á un fenómeno. Su impertinencia inesperada había dejado á la señora del Chatelet sin voz ni respuesta. Al ver á Luciano objeto de la admiración de todas las mujeres; al seguir, de grupo en grupo, el comentario que todos se hacían al oído acerca de las frases cambiadas, con las que Luciano la había aplastado fingiendo desdeñarla, sintió su corazón lastimado por una contracción de amor propio.



—¡Qué escándalo si no viniese mañana, después de esa frase!—pensó.—¿De dónde le viene ese orgullo? ¡Es tan guapo!... ¿Acaso estará enamorada de él la señorita de Touches?... ¡Dicen que fué á su casa, en París, al día siguiente de la muerte de la actriz!... Tal vez ha venido á salvar á su cuñado, y se ha encontrado detrás de nuestra calesa, en Mansle, por casualidad. Esta mañana, Luciano nos ha mirado de un modo muy singular á Sixto y á mí.

Se le ocurrieron mil ideas, y, desgraciadamente para Luisa, se entregaba á ellas mirando á Luciano, que hablaba con el obispo como si fuera el rey del salón: no saludaba á nadie y esperaba que fuesen á él, paseando su mirada con variedad en la expresión, con un desenfado digno de Marsay, su modelo. No abandonó al prelado para ir á saludar al señor de Senonches, que se dejó ver á poca distancia.

Al cabo de diez minutos, Luisa no pudo aguantarse más. Se levantó, encaminóse hacia el prelado y le dijo:

—¿Qué os dice, monseñor, para que os haga sonreír tanto?

Luciano apartóse algunos pasos para dejar discretamente á la señora condesa con el prelado.

—¡Ahl señora condesa, este joven es muy inteligente... Me explicaba cómo le debía á usted toda su fuerza...

—¡Yo no soy ingrato, señora!...—dijo Luciano dirigiéndole una mirada de reproche que encantó á la condesa.

—Entendámonos—dijo ella atrayendo hacia sí á Luciano con un gesto del abanico,—venga con monseñor, por aquí... Su Grandeza será nuestro juez.

Y señaló el gabinete, arrastrando á él al obispo.

—Le hace hacer un oficio muy raro á monseñor—dijo una mujer del campo de Chandour, con voz bastante alta para ser oída.

—¡Nuestro juez!...—dijo Luciano mirando alternativamente al prelado y á la prefecta.—¿Habrá, pues, un culpable?

Luisa de Negrepelisse se sentó en el canapé de su antiguo gabinete. Después de haber hecho sentar en él á Luciano al lado suyo, y á monseñor al otro lado, empezó á hablar. Luciano concedió á su antigua amiga el honor, la sorpresa y la dicha de no escuchar. Tuvo la actitud, los gestos de Pasta en *Tancredi*, cuando ella va á decir: «¡Oh patria!...» Cantó con su fisonomía la famosa cavatina del

Rizzo. En fin, el discípulo de Coralia encontró el medio de hacer que brotasen algunas lágrimas de sus ojos.

—¡Ahl Luisa, ¡cuánto te amaba!—le dijo al oído, sin preocuparse del prelado ni de la conversación, en el momento en que creyó que sus lágrimas habían sido vistas por la condesa.

—Séquese los ojos, ó me perderá usted aquí una vez más—dijo Luisa, volviéndose hacia él en un aparte que chocó al obispo.

—Y es bastante con una—repuso vivamente Luciano.— Esa frase de la prima de la señora de Espard secaría todas las lágrimas de una Magdalena. ¡Dios mío!... he vuelto á encontrar por un momento mis recuerdos, mis ilusiones, mis veinte años, y usted me los...

Monseñor entró bruscamente en el salón, comprendiendo que su dignidad podía comprometerse entre aquellos dos antiguos amantes. Todos fingieron dejar á la prefecta y á Luciano solos en el gabinete. Pero un cuarto de hora después, Sixto, á quien las conversaciones, las risas y los paseos ante el umbral del gabinete desagradaron, entró en él con aire más que preocupado, y encontró á Luciano y á Luisa muy animados.

—Señora—dijo Sixto al oído á su mujer,—usted que conoce mejor que yo Angulema, debería pensar en la prefecta y en el gobierno.

—Querido mío—dijo Luisa mirando de pies á cabeza á su editor responsable, con un aire altivo que le hizo temblar,—hablo con el señor de Rubempré de casos importantes para usted. Se trata de salvar á un inventor que está á punto de ser víctima de las maniobras más bajas, y usted nos ayudará á salvarlo... Respecto á lo que esas señoras piensen de mí, va usted á ver cómo sé conducirme para helear el veneno en sus lenguas.

Salió del gabinete, apoyada en el brazo de Luciano, y lo condujo á firmar el contrato, haciendo alarde de ello, con una audacia de gran señora.

—¿Firmemos juntos?—le dijo á Luciano, ofreciéndole la pluma.

Luciano dejó que le indicase el sitio en que ella acababa de firmar, con objeto de que sus firmas estuviesen juntas.

—Señor de Senonches, ¿no conoce usted al señor de Ru-